

formé la intencion de marchar en busca de Ignacio; pero ya era estemporáneo el procedimiento, y preferí esperar devorando mi vergüenza. El no se habia de espatriar por mí; si lo hacia no queria yo otra satisfaccion.

Ignacio volvió en efecto á los dos meses: entró en Búrgos de noche y con ciertas precauciones.

Uno de aquellos portadores de malas nuevas, que se complacen en fomentar querellas, y se divierten con las desgracias humanas, me lo avisó al momento.

Al siguiente dia un amigo le dió de mi parte un recado: y ademas, fuí á ponerme de planton en una tienda por donde él debia pasar.

Al recado contestó que él era muy hombre, y que me despreciaba: que no lo provocara yo porque me comeria vivo.

Salió á la calle constantemente acompañado de otro, y al verme parado en su tránsito torció el camino.

¿Lo sigo y lo provocho en medio de la calle hasta hacerlo estallar? Pero va con un compañero que procurará evitarlo todo; armamos un escándalo sin otras consecuencias que el ridículo.

¿Lo sigo y lo asesino? No.

Le mandaré tantos recados, tantas citas, que al fin conocerá su deber.—Y volví á esperar en el martirio de mi oculta desesperacion.

—Si yo hubiera desafiado á un hombre—me dijo entónces otro—y se hubiera negado á darme satis-

faccion de tal injuria..... lo escupiria tambien para reñir en el acto.

Luego no he hecho cuanto debia—y puesto que era necesario volver injuria por injuria, y cediendo á mis propios deseos de hostigarlo hasta precipitarlo, comencé á publicar su cobardía á boca llena, delante de sus amigos y parientes, para que llegase á su noticia, y dejé escapar palabras respecto á su muger que bien merecian un balazo.

Siempre huía yo de una de esas riñas improvisadas, en que tal vez con armas desiguales se hiere con ceguedad, y se muere sin prevencion; riñas soeces en que los hombres se asesinan, satisfaciendo el rencor, pero no el honor.

O si solo se combate con los puños, es lo mas grotesco ver á dos hombres que se arañan, se muerden, se revuelcan, se montan, y al fin solo resultó una rotura de cabeza, ó un cardenal en las narices.

Yo he visto á muchos de esos valientes que arman camorra por la mosca que pasó, y son audaces y atrevidos cuando solo se trata de esponer las espaldas, pero débiles cuando se habla de combatir en regla, jugando la vida en un duelo. Hombres que en un momento de eesaltacion se dejarán matar tal vez, pero que no saben pensar en la muerte, mirarla venir cara á cara y á paso lento, esperarla con calma.

Entre tanto vivia como un judío escomulgado de la sociedad; despreciado de la gente mas vil; extraño, desterrado en mi propia patria.

—Mientras no te hayas vengado, lo mereces todo me—decían mis amigos.

Lo creía yo, y mis tormentos se escasperaban.

Entraba yo á una tertulia con la desconfianza en el corazón, indagando con los ojos si me repugnaban, si huían de mí, si iban á hacerme arrojar por los criados: al salir de ella dejaba yo mi honor, y por el camino creía escuchar las sátiras con que lo destrozaban en mi ausencia.

Quise hacerme superior á estas preocupaciones, y no pude: poco á poco me fuí retirando de todas las gentes de cuyo trato me creía indigno, por lo mismo que las apreciaba y las tenía en algo; resignándome á tratar solo con los que me tolerasen por ser gentes igualmente despreciadas que yo.

Todos estos sufrimientos no eran nada. Yo no podía ya levantar los ojos á Serafina!... Antes me creía yo digno de su desden; ahora se hubiera degradado tomándome de lacayo.

Cuando la encontraba en la calle ó en su balcon, deseaba que me tragara la tierra; bajaba yo los ojos como un infame, y sentía un frío que me penetraba hasta el alma.

Perdido para ella; perdidas mis esperanzas y mis ilusiones. Ya no podía amarla, no podía hacerle el público homenaje de mi pasión..... mi infamia era una barrera inmensurable, eterna.

A todo me resignaba, ménos à perder el ídolo del culto de mi amor; una ilusión de seis años, una

esperanza halagüeña, pura, íntima como la de la vida celestial.

El desprecio público, la pérdida de mi quietud interior y de mi porvenir, todo se lo perdonaba yo, ménos esto: y se fué introduciendo sordamente el odio dentro de mi corazón.

Pero Ignacio huía de mí, escusaba darme la cara; tenía miedo. Recibió la cuarta cita, y respondió lo mismo que á las anteriores.

¿Qué hacer con un hombre así?.....

Su familia, en fin, tomó parte oyendo mi maledicencia. Me alegré, porque ya pensaba tener una víctima espiatoria que ofrecer á la opinión.

Uno de sus hermanos me dió una cita: fuí, y no era para reñir, sino para causarme mayor repugnancia por unas gentes que no saben ser dignas ni en la desgracia. Ruegos y promesas, en vez de amenazas á nombre del hermano; esto fué todo.

Yo salí de aquella entrevista con la conciencia de que mi desgracia no había consistido en la debilidad de mi carácter, sino en la degradación del suyo.

El demonio castigaba mi pereza, esa punible manía de dejarlo todo para despues; esa calma habitual que tal vez no es otra cosa que el pretexto de la impotencia, la máscara de la imbecilidad.

¡Cuánto sentía yo aquel momento que no había de volver, el único tal vez oportuno para vengarme! Pero entónces creía yo à Ignacio un hombre como yo, cobarde y tímido, pero no abyecto ni isn-

vergüenza. Esperaba de él el mismo sacrificio que yo hacia.

Marzo 3 de 1839.

Un año habia pasado. Ignacio escondiendome la cara, diciendo fanfarronadas, aborreciendo ya á su muger; yo sufriendo, y deshonorandolo por todo desquite.

Una tarde caminaba Ignacio delante de mí como á cincuenta pasos: era la primera vez que lo veía solo. Casual ó intencionadamente él se metió en una tienda; yo fuí á pararme en otra à pocos pasos esperando verlo salir.

Salió y al verme vaciló; pero hizo un esfuerzo y siguió el camino que traía. Al pasar lo llamé una y dos y tres veces: no me respondió siquiera, pasando de largo: tuvo miedo, y para mostrar lo contrario, despues de diez minutos volvió á pasar en sentido contrario por el mismo lugar. Volví á llamarlo, y él á no responderme: le temblaba la barba, iba pálido, y sus pasos no eran seguros.

—Ya lo ven—les dije á los que formaban el corro de la tienda—Lo he llamado con intencion de entrar aquí en arreglos pacíficos delante de vdes. y fijar las condiciones de una satisfaccion.

Este era efectivamente mi intento: no tenia yo otro pensamiento que vindicarme, mostrando que no huía sino ántes buscaba una ocasion.

—A un hombre como ese lo mataria como á un perro—dijo uno de los que escuchaban.

Luego no he hecho todo lo que debia.

A pocos momentos la conversacion habia variado.

Cuando estaba ya oscuro un conocido vino á hablarme en secreto.

—Ignacio está esperando á vd. aquí cerca, y quiere hablarle.

¡Y ántes no habia querido responderme siquiera!

Tuve miedo sospechando una traicion de que lo creo muy capaz; pero me sobrepuse, no queriendo dejar decir pue la única vez que él me habia buscado me escusaba yo.

Lo encontré echando espuma por la boca y fuego por los ojos: habia un testigo que nos contuviera.

—Eres un vil—me dijo—no te he matado porque te tengo lástima.

—Hombre, mira que dices.

—Ya sé que andas diciendo que soy un cobarde porque no he querido admitir un duelo.....

—Y tengo razon.

—Pero el cobarde eres tú, y para probartelo á la hora que quieras estoy dispuesto.

—¿Estás dispuesto?

—Sí; y te comeré, y te.....

—Basta, basta. Aquí tenemos un testigo de lo que has dicho, y mañana te entenderás con el que yo te envíe. Hasta mañana.

—Oye.

—Nada mas necesito saber. Hasta mañana.

Esa noche asistí como siempre al café y al teatro aparentando calma; pero contaba yo los momentos como el que mira fijo el término de su vida.

Por fin se habia ecasperado, habia recordado que era hombre, y que tenia que vengar tambien una afrenta acaso mas degradante que la mia.

Al salir del teatro tomé á uno de los amigos que me pareció mas caballero, mas firme y leal.

—Ya sabes mis antecedentes con Ignacio—le dije —por fin él está dispuesto á batirse conmigo, me lo ha dicho esta noche.

—¿De veras?

—De veras. Si no te excusas de tomar parte en este negocio, mañana espero que me hagas el favor de arreglar las condiciones, para que lo mas pronto posible se termine.

—¿Qué condiciones quieres tú?

—Figurate que es un asunto propio, y arreglalo como quieras: solo una cosa debes tener entendida, y es que no voy á batirme por mera fórmula: no nos separarémos hasta que uno de los dos quede muerto ó imposibilitado de seguir combatiendo.

—¿Estás dispuesto, Gabriel?—me preguntó como dudando.

—Tengo miedo—le respondí—no soy valiente; pero procuraré cumplir mi deber.

—¿De modo?...

—Que vas y lo arreglas teniendo en cuenta mi honor como si fuera el tuyo. A las diez de la mañana quiero saber la respuesta.

—Está bien.

La noche que pasé es bien difícil describirla. Todos los recuerdos de infancia, toda mi vida se vino á retratar en la imaginacion con tan hermosos colores que sentí despedirme de la vida: me parecia lisongera á pesar de que nada he gozado en ella; me desprendia à fuerza del mundo para cumplir un deber que no habia de recompensarme, tal vez ni reconocirme.

Conforme adelantaban las horas cambiaban el aspecto y las figuras del cuadro... sangre, horrores, la muerte!... Pero una muerte de aspecto terrífico y severo, con todos los atavíos del rencor, de la venganza, de la fatalidad.

Así me queria yo; ecasperado, delirante, ciego; invocaba yo todos los recuerdos de ese hombre; repasaba con detencion para impregnarme de su acritud, todos sus agravios, todos los sufrimientos, todas las humillaciones que me habia hecho sufrir en silencio: acudia al amor de Serafina; pensaba en mi porvenir; media todos los pesares que iba à evitarme con esta última violencia.

En fin, creí aborrecerlo en algunos momentos, justificaba mi venganza, y para cerrar los oidos à las amenazas de la religion, acusaba á los hombres que me precipitaban.

Enmedio de la tempestad violenta que me agitaba en el pavor de las tinieblas, me consolaba oír la respiracion igual de mi hermano que dormia en la misma recámara, tranquilo y en calma.—Dichoso

él que duerme; y que al despertar no encontrará ni la muerte, ni la deshonra; dos abismos, en uno de los cuales me voy á precipitar dentro de algunas horas.

Si muero, ¿le deberé á Serafina una lágrima, un recuerdo? ¿Me creerá entónces digno de ella, para no recordarme con repugnancia?

Por fortuna dormí algunas horas de la madrugada y desperté bien tarde. La calma que sentí al despertar me asustó: me habia despedido de la vida, me consideraba muerto, y los objetos del mundo no me hacian ya impresion.

Ni una sola vez me ocurrió la idea ó el deseo de matarlo, sino el de morir con honra, con nobleza. Mentira que yo sea valiente; pero la muerte no espanta sino cuando es estéril: yo preveía otra vida en la memoria de los hombres, en la compañía de los espíritus..... ¿Cometia un crimen?..... Yo no iba por mi voluntad; me sacrificaban los sacerdotes del culto del honor, y por no negarlo, moria como los mártires del cristianismo, por una creencia. ¿Se les puede acusar á estos de suicidio por guardar pura su fé? Los cruzados que inmolaban á los sarracenos, invocando tambien una creencia, ¿eran homicidas?.....

Tenia yo miedo de morir, miedo de escuchar el juicio de Dios, pero iba porque la vida no me era soportable sin esta condicion. Un duelo es un albur que seduce como todos los juegos de azar en que se abandona uno á la fatalidad.

Yo no sé manejar ninguna arma; pero confiaba en mi causa..... mejor dicho, sin determinacion alguna de rencor, me entregaba al destino, resignandome á matarlo, ó à morir: ámbas cosas iguales para mí en aquel momento.

No pude tomar el desayuno: lo único que me agradaba era tener trocitos de azúcar en la boca, que desvanecia un poco mi amargura.

A cada campanada del reloj me palpitaba el corazon con una fuerza que sentia sofocarme.

—¿Estàs hoy de mal humor?—me dijo mi hermano.

—Sí—le respondí—me voy á la calle á ver si lo disipo un poco.

Mas conmovido à cada paso que daba, me dirigí al lugar de la cita con mi testigo. Esperé cinco horas eternas de zozobra, de inquietud, de tortura.

Al fin ví llegar á mi amigo fastidiado, sudoroso, con la cara encendida y los ojos inyectados. Su aspecto me causó estrañeza no susto, en su fisonomía no se pintaba la palidez de una resolucion.

—¿Qué sucede?—le pregunté inquieto.

—Nada.

—¿Cómo!.....

—Ese hombre es un bajo, no tiene remedio..... jamas se batirá contigo..... No te queda otro recurso que cargar bien una pistola, escupirlo donde lo encuentres, y al primer movimiento que haga levantarle los sesos....

—Pero..... En fin, ¿qué te ha dicho?

—Vilezas, cobardías, indecencias..... Dice que lo dejes en paz: que te perdona: que te *respetará* cuando te encuentre si tú haces lo mismo con él. Que no lo precipites à perderse sabiendo que tiene familia, despues que no puedes haberle hecho mayor mal que haberle quitado el reposo de toda la vida.....

—¡Ah! ese es un infame!..... ¿Pero no habrá medio de obligarlo?

—Despues de todo esto ¿cuál?..... Provocar una riña y asesinarlo: este es el único.

—Està bien. ¿De modo que no hay esperanza?

—Ninguna: es un sinvergüenza.

Lo es en efecto: todos los que conocen à Ignacio lo dicen. Ignacio es un degradado que vive con una muger de quien desconfia, que deja vivir à un hombre que lo persigue con su maledicencia, y lo perseguirà hasta el fin de su vida. Tormento por tormento. Yo no volveré à contar un instante de alegría; él no volverà à abrazar à su esposa con la confianza de los primeros dias: yo viviré espatriado de la sociedad, él sufrirà el escarnio de cuantos lo conozcan.

Y tendrá que agachar la cara, que bajar los ojos siempre que me encuentre: huirà de mí como ya lo he visto huir una vez, de vergüenza y de miedo.

Sin embargo ahora vivo mas inquieto, mas temeroso de él. Ya estoy convencido que nunca se bati-  
rá como un hombre; pero el dia que se ecesperen

sus recuerdos, que se vayan concentrando poco à poco su odio, sus zelos, sus remordimientos, su vergüenza; el dia que ceda à un acceso de frenesí me herirá à traicion: no tendrá valor para vengar de otro modo la injuria que le hago publicando su deshonor.

Si algun dia me encuentran asesinado busquen à ese hombre, y lo hallaràn manchado con mi sangre y con mi afrenta.

Entre tanto yo vivo condenado à la tristeza, à la desesperacion y el aislamiento. No sé ni quiero vengar esa infamia sino en un duelo: Ignacio se conforma con que los dos vivamos degradados; y mientras él vive de su fatuidad yo estoy muerto para el mundo.

Al tenderle la mano à otro hombre temo que retire la suya por no mancharla al contacto. No me atrevo à amar à una muger, temiendo que me vuelva la espalda al recordar que no soy hombre.

¿Y por qué soy tan débil, que no pongo término à esta agonía eterna matandolo ó matandome? Porque ¿para qué?... *all is equally.*

Yo no he perdido mis hábitos: como y duermo como àntes; las gentes no me arrojan de su lado; mis amigos me hablan como àntes; el sol me calienta, el agua me refresca... Luego puedo vivir.

¡Pero cómo vivo! Con el inferno en el alma.

Tú no conoces à Elena, lector; mas tarde te la retrataré con los colores mas claros y hermosos que halle en mi paleta, para que la ames y la ad-

mires como yo. Ahora te basta saber que Elena es la muger mas delicada, mas consecuente, mas fina. Por no molestar á un criado se priva de un placer; por no disgustar á un conocido se dejaria morir; por no turbar con sus quejas la alegría de su familia, se ha dejado asesinar con un martirio de quince años sin dejar escapar un suspiro.

Esta es Elena; mi amiga de corazon; la muger que me debe la escepcion de creer en su virtud, de respetar su opinion, de tener confianza en su amistad. Solo en su casa entro satisfecho, y me siento junto á ella porque en su atmósfera respiro la confianza, la vida. Ella no me cree degradado como los otros; ella me defiende, me quiere, me endulza la vida. Es mi ángel bueno que me reconcilia con la vida y el mundo. No es mi querida, mi amiga del alma.

Pues bien; al siguiente dia entré en su casa alegre, como siempre que la veia.

Me habló de mis pesares para consolarlos, y yo le referí la última escena de mi desconsoladora historia.

—¿Y qué piensa vd. hacer?—me preguntó, cuando hube acabado de hablar.

—Esperar la muerte devorando mi ignominia.

—No le tiene vd. odio?

—No.

—Es vd. un buen cristiano.....

Quando quiso reprimir la ironía, ya no pudo: se avergonzó y procuró disculparse. Yo no pude creer

en la sinceridad de esas palabras demasiado sublimes para merecerlas.

Aquella amistad que era mi último refugio, se disipó como tantas otras ilusiones. ¿Cuál me queda ahora? La muerte que temo y que deseo.

Luego para el mundo no he hecho lo que debia.

---

Veamos, pues, que es el honor, y como lo garantiza la sociedad.

El honor es el respeto à las creencias, las costumbres, los usos de la nacion en que se vive; el público tiene el derecho de lanzar de su seno al que no respeta sus leyes: sí; pero al imponerlas debe proporcionar los medios de cumplirlas.

A mí, deshonrado, tenia derecho de escomulgar me; pero ¿qué ha hecho en mi favor teniendo yo voluntad de lavar esa mancha? ¿Ha castigado á mi cobarde ofensor? ¿Me ha rehabilitado en su opinion desde que mostré no ser mia la culpa, ni la falta? ¿Qué ley, qué juez obligará á Ignacio á batirse conmigo? Ninguno: y sin embargo me echan en cara un baldon que no es mio; y si un dia lograra por fortuna vengarme, entónces me aplaudirian, me llamarian hombre de honor, de delicadeza.

Pero la ley me condenaria como homicida.... ¿Pues por qué las leyes están en contradiccion con las costumbres y las creencias sociales? Si yo fuera delante de un juez á pedirle satisfaccion á Ignacio, el mundo se reiria; quedaria yo mas en ridículo que

ahora estoy. Las leyes del pais me condenan à vivir libre en la infamia, ó á vivir en la infamia de una cárcel. ¿Por qué?.....

X El duelo debía reglamentarse, no prohibirse. Un tribunal puede reparar las injurias á la justicia, à la verdad; pero no las del honor: su único guardian es el hombre mismo; su juez la opinion. Prohibir el duelo es quitarle al hombre su única garantía.

Quando uno de esos fanfarrones fatuos supiesen que una habladuría infamante, un insulto grosero, tenia seguro castigo, y que los jueces lo arrastrarian al campo del honor, como el verdugo al patíbulo, habria mas respeto, mas delicadeza, mas paz entre los hombres. Y no que ahora las sociedades apénas son reuniones de gentes degradadas que se dejan escarnecer, insultar, envilecer; porque no hay medio entre el asesinato y la resignacion. Con una palabra se degrada à una familia, se desune à dos esposos; con una ojeada se pierde á un hombre para siempre; y el fatuo que no seria capaz de pararse frente á su adversario con una pistola en la mano, puede reirse en la impunidad del mal que ha hecho: y la sociedad severa con el injuriado á quien no da medios de justificarse, admite al agresor, le abre sus puertas y le tiende la mano, sin echarle en cara su cobardía.

Las sociedades creen todavía en el honor, es aun fantasma, ó una realidad: la única garantía del honor es el duelo, porque los jueces no bastan en la opinion de los hombres para reparar una ofensa. Miéntras ecsista esta creencia, el duelo es neces-

rio y las leyes debian mandarlo ántes que prohibirlo.... O condena á los hombres á ser una grey de animales degenerados, cuya corrupcion heredada de padres á hijos acabará por esterminar todo sentimiento de nobleza y dignidad.

O las leyes se han adelantado en esto à la época en que vivimos, ó la humanidad es una loca que no sabe lo que hace.

¿Qué ley, qué bando, qué circular le devolverá la calma á mi corazon, la alegría á mi alma, su limpieza á mi frente, miéntras no la haya yo lavado con su sangre, ó con mi sangre?....

El honor y la religion son incompatibles; ó lo son las leyes y las costumbres actuales.